

# Bajo un cielo cuadrado

Mohamed Serifi-Villar

Traducción de Malika Embarek López

Primera edición, marzo de 2026

© Nota al margen, S. L., 2026  
Plaza de las Salesas, 7  
28004 Madrid

Título original: *Le ciel carré*

© del texto, Le Fennec Edit  
© de la edición, Nota al margen  
© de la traducción, Malika Embarek López  
© del diseño de cubierta y composición, Comba Studio  
© de la ilustración, Francisco Cajal Remón  
© de la fotografía, Archivo familiar

ISBN: 978-84-09-71479-7

Depósito legal: M-4582-2026

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

A la memoria de mi madre, Juana, y de mi padre, Ahmed.

«Solo la propia libertad nos vuelve maduros  
para la libertad»<sup>1</sup>.

Wilhelm von Humboldt

# Índice

I	Palabras de la traductora	13
II	Presentación, por Bernabé López García	17
III	Prólogo	27
IV	¿Por qué?	31
V	«Cuando quiero llorar no lloro»	35
VI	Hacia los años de plomo...	47
VII	El número 40	53
VIII	La vida, apenas un parpadeo	55
IX	«A pesar de la ira»	65
X	Isola Madre, una estafa con aroma de Cerdeña	75
XI	«Para nacer he nacido»	77
XII	Luces y sombras de un viaje	83
XIII	Una ventana abierta al mundo	87
XIV	El sindicato estudiantil: una escuela de vida para la vida	91
XV	El fervor revolucionario	99
XVI	«Nuestra herencia no estaba precedida por ningún testamento»	105
XVII	Saturno devorando a sus hijos	115
XVIII	«Voi ch'entrate...»	123
XIX	Un cielo cuadrado	127
XX	Entre muro y muro, la eternidad	137

XXI	El túnel	147
XXII	El pollito y la ayuda de Konrad Lorenz	155
XXIII	Minkovski y las liebres de monte	159
XXIV	El locutorio: una potente luz al fondo	161
XXV	Los condenados a muerte	167
XXVI	Los muros solo existen para ser derribados	173
XXVII	Isola Madre, perfume de una estafa en Kenitra	175
XXVIII	Las huelgas de hambre	183
XXIX	Abraham Serfaty, Dedé	189
XXX	El apoyo internacional	195
XXXI	Amistades para siempre	203
XXXII	«Solo veo los tormentos del ser humano»	207
XXXIII	Rabea	211
XXXIV	La mitad del cielo	215
XXXV	«Nací para conocerte, para nombrarte: Libertad»	219
XXXVI	La nacionalidad de Juana	229
XXXVII	España en el corazón	233
XXXVIII	Padre Peteiro, arzobispo de Tánger	237
XXXIX	Vivir o existir	245
XL	La memoria guillotizada	255
XLI	¿Alba o crepúsculo?	265
XLII	Epílogo	269
XLIII	Notas	273
XLIV	Bibliografía	277
XLV	Breve información adicional de las personas mencionadas	281
XLVI	Homenajes y agradecimientos	291

Mohamed Serifi-Villar fue alumno mío en la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Mohamed V de Rabat, donde, recién licenciada en Filología Hispánica, enseñaba en los años setenta del pasado siglo. Cada vez que preparaba las clases, yo me preguntaba —insegura ante mi falta de experiencia docente—: ¿qué me pedirá Mohamed Serifi en la clase de la semana que viene? Me ocurría algo parecido a lo que le comenta su exprofesora de secundaria, Christine Daure-Serfaty, quien por esa misma época hacía de enlace para los militantes de izquierda que vivían en clandestinidad en Casablanca. Ella le recuerda aquellos tiempos en los que le daba clases y se preguntaba: «Cuál será la próxima consulta que me hará aquel jovencillo». Y yo preparaba, pues, del mismo modo mis clases para él. Para esa mirada viva, alegre, pícara, curiosa, sonriente, que sigue teniendo cincuenta años después, incluso tras todo lo que vivió, narrado en estas emocionantes memorias.

Un día, Serifi dejó de venir a clase. Supuse ingenuamente que habría optado por otra carrera. Podría haber deducido, por la atmósfera opresiva que reinaba entonces, que el motivo de su ausencia era otro, mucho más trágico, como él mismo nos relata con una enorme sensibilidad: su vida en la clandestinidad por su militancia política y, posteriormente, los

malos tratos que sufrió al ser detenido; la terrible privación de libertad durante diecisiete largos y oscuros años; y la pérdida de su juventud.

A principios de los ochenta, gracias a unos amigos muy queridos que me acompañaron, fui a verlo a la prisión de Kenitra y le llevé, de mi biblioteca, uno de los tomos de las obras completas de Lorca, de la colección Aguilar —el de poesía—, del que me desprendí encantada, pues sabía que él y sus compañeros lo disfrutarían más que yo.

Cuando salió en libertad, vino a Madrid con Rabea Ftouh, su maravillosa esposa, a visitar la sede de Amnistía Internacional y agradecerles el apoyo prestado, junto a otras instituciones, para su liberación. Nos vimos y fue un encuentro muy emotivo. Después, en Tánger, nos cruzamos varias veces. En 2024 me propuso traducir estas memorias que yo, a mi vez, presenté a Mar Ridaou y Udo Lampe, para la recién creada editorial Nota al margen. A ellos les bastó con que les contara todo lo anterior para aceptar publicarlas, prácticamente sin leer las páginas de muestra que les había traducido. Solo me dijeron que el testimonio de alguien que ha entregado su juventud por sus ideales de libertad y democracia merecía ser conocido.

Algunos capítulos son tan duros que llegué a imaginar que estaba traduciendo ficción. Ese recurso me permitió seguir adelante. Pero no toda la obra es dolor. Como bien dice Bernabé López García en su magnífica presentación, en ella «voluntariamente, están ausentes la victimización y el rencor». Hay optimismo, luz, humanidad, compañerismo, política, literatura, poesía, amor, amistad, humor, y páginas muy bellas sobre su familia hispano-marroquí; sobre el Tánger internacional, el Tánger humilde o el Tánger de los republicanos españoles que huyeron de la España franquista, como su propia madre.

En el verano de 2025, con la obra traducida, viví una experiencia única: revisamos juntos mi traducción en Tánger. La maestra ahora se convertía en alumna, y Mohamed, gracias

a su dominio del español, su lengua materna, me corregía adjetivos que no le gustaban o que le sonaban forzados, frases que, con muy buen criterio, él habría expresado de otro modo. Aceptó, por su parte, algunas sugerencias mías de cambios. Para él también —me confesó— fue una experiencia única: escuchar su texto en la lengua de su madre. A medida que leíamos en voz alta, por turnos, él, arropado y animado por el español, añadía matices, párrafos e incluso todo un capítulo. Y la versión española pasaba a convertirse en el original que servirá, por decisión del autor, para las futuras traducciones a otros idiomas: al árabe y al inglés, por el momento.

Esta experiencia ha sido una oportunidad de conocer, vivir y traducir ese doloroso Marruecos, afortunadamente quedado atrás en el pasado, y ese ejemplo de ilusión y esperanza de todos esos jóvenes que, al igual que Mohamed, luchan por sus ideales.

# Presentación

Mi llegada a Marruecos por primera vez, en el otoño de 1974, coincidió con la detención de Mohamed Serifi-Villar. Mi conocimiento de la realidad política y social del país se limitaba a la lectura del libro *Opción revolucionaria para Marruecos* de Mehdi Ben Barka, publicado unos años antes en España por Ediciones de Cultura Popular. Se trataba de un alegato contra el Marruecos de los años sesenta, que se llevó por delante a esta figura señera de la lucha por un cambio en el país y que culminó en los dos golpes de Estado de principios de 1970, junto con una represión feroz contra los disidentes. Del Marruecos real apenas tenía información.

Venía de un país en el que acababan de enviar al Tribunal de Orden Público a amigos y camaradas, acusados de terrorismo tras un montaje policial que introdujo armas y explosivos en sus domicilios. La lectura del libro de Ben Barka y el destino de su autor dibujaban un país donde esas cosas también ocurrían.

El Marruecos que encontré fue un Marruecos amable, donde en mi primer paseo por los zocos nocturnos de Fez-Yedid, en pleno Ramadán, los vendedores me ofrecían con zalamerías chubarquías y harira. Era el Marruecos popular, acogedor y abierto. Mis primeras excursiones y viajes por el Marruecos «útil», del interior, me mostraron incluso un Marruecos con una agricultura que me parecía hasta más

industrializada que la de mi Andalucía natal, con trilladoras y cosechadoras que doblaban en volumen y modernidad a las que por entonces se encontraban en La Mancha o en los campos andaluces.

Cierto que pronto descubriría el Marruecos *composite* que me enseñaron los trabajos de Paul Pascon y que comprobaría con mis propios ojos en los *bidonvilles*, ocultos por altos muros en las inmediaciones de las estaciones de tren de Rabat o Meknés. Un Marruecos de muchas velocidades, incluso con un modo de producción arcaico en las cercanías rurales del Medio Atlas o en los linderos de mi ruta hacia España por Sidi Kacem, Uezán y Alcazarquivir.

El Marruecos de mi primer año me mostró también otra cara que parecía más amable en lo político. Tras años de estado de excepción, de maltrato a una oposición que luchaba por un Marruecos moderno, igualitario y justo, los reveses del régimen dictatorial habían llevado al monarca Hassan II, deslegitimado por la corrupción y la represión, a buscar una entente con sus oponentes, haciendo concesiones políticas, lavados de cara y promesas de todo tipo. Fue el pacto que propició la Marcha Verde. Claude Palazzoli y su libro *Le Maroc politique* me reveló las complejidades políticas del país.

Yo venía de un país en el que por repartir propaganda del Partido Comunista te podían caer muchos años de cárcel. Y me encontré con un país donde el Partido Comunista —que, eso sí, había tenido que enmascarar su nombre para no chocar con los principios de la religión islámica, denominándose del «Progreso y del Socialismo»— publicaba un semanario legal, *Al-Bayane*, que se vendía en los quioscos y en el que se hablaba de luchas sindicales, de protestas obreras, de necesidad de democracia y de urgencias de cambios.

No tuve oportunidad de saber lo que se callaba ni de medir la autocensura a la que estaba obligado, y no le reproché, en aquel momento, que no denunciara (o yo no lo vi) los secuestros, las detenciones y las torturas de estos jóvenes que,

como Mohamed Serifi-Villar y otros no tan jóvenes, antiguos camaradas de partido, como Abraham Serfaty, padecían por aquellos días.

La legalización de excomunistas, así como la de la Unión Socialista de Fuerzas Populares, había sido una de esas concesiones destinadas a asegurar una paz social que se quería fraguar en torno a un tema «nacional» por excelencia: la batalla por la recuperación del limítrofe Sáhara Occidental, en manos de España.

Pero había otro Marruecos oculto que me costó descubrir, del que ni la prensa de partidos progresistas como *Al-Bayane*, *Libération* o *Al-Muharrir*, ni la de los sindicatos como *Maghreb Informations*, ni tan siquiera la revista independiente *Lamaliif*, hablaban ni podían hablar: el de los centros de detención, como al que fueron a parar Mohamed Serifi-Villar y sus compañeros de arresto por el simple delito de soñar con un Marruecos mejor.

Viví, sin llegar a medir la envergadura de su dureza, en plenos años de plomo. Un amigo profesor que me ayudaba a traducir la prensa en árabe, y que tenía un hermano militar encarcelado por su implicación con los golpes de Estado, eludía conversar sobre ello. A través de mi amistad con el personal de la embajada cubana —de la que me convertí en «su hombre en Fez», organizando ciclos de cine cubano en el Cinéma Bijou— me llegaron a presentar a algún familiar de jóvenes de los grupos detenidos, pero tampoco él se explayó lo suficiente para ponerme al corriente de la magnitud de aquel Marruecos oculto.

Fue gracias a Abdellatif Laabi, a quien conocí al mes de su salida de prisión, en agosto de 1980, cuando tomé conciencia de ese Marruecos *gauchiste* dejado de la mano de dios, convertido por Hassan II en su chivo expiatorio y descargando sobre él la falsa acusación de traición por reclamar la autodeterminación de los saharauis, en un intento de justificar lo injustificable.

Mohamed Serifi-Villar, uno de aquellos jóvenes encarcelados, lleva impresa en su propio nombre —que exhibe con orgullo en la portada de su libro de memorias *Bajo un cielo cuadrado*— su doble identidad: la marroquí de Ahmed, su padre, y la española de Juana, su madre. Tangerino como el que más, recibió por varias vías la savia de la resistencia: la de quienes lucharon por la independencia de su país, frustrados por no cubrir sus expectativas de justicia, y la de los que sufrieron, dentro o fuera de su otra patria, la derrota que trajo consigo la tiranía que les forzó al éxodo.

Encarcelado entre 1974 y 1991, Mohamed Serifi-Villar ha tardado, pese a las insistencias de amigos y conocidos, hasta 2024 en dar a luz los recuerdos que conforman este libro, esta memoria resucitada de la que, deliberadamente, están ausentes la victimización y el rencor. Como expresa en la introducción, esa tardanza provenía de la impresión, de la convicción íntima, sostenida durante años, de que contar el pasado era dar la espalda a la luz, al día a día de su participación en la vida, en las necesarias luchas cotidianas con las que continuó tras su liberación.

Pero la tensión interior que todo ello, pasado y presente, le producía, lo llevó finalmente a comprender que necesitaba liberarla, contándolo.

Y el resultado ha sido no ocultar aquella travesía del infierno, aquel paréntesis de «muerte progresiva» que supuso la larga prisión de casi dieciocho años, pero contado de manera que «no generase dolor en los demás, sino esperanza, amor por la vida». Frente a un relato que, como en otros escritos carcelarios, no mostrase más que herida y dolor, Serifi-Villar ha querido explicar que la prisión fue para él «un momento de exaltación, en el que decíamos lo que éramos y lo que queríamos ser».

*Bajo un cielo cuadrado* entremezcla relatos familiares, que nos explican muy bien de dónde provenían sus sueños de justicia y que lo llevaron a la prisión de Kenitra, con narraciones

minuciosas de lo que vivió y sufrió prolongadamente, en lugares de detención como Derb Mulay Cherif en Casablanca, y con reflexiones sobre la convivencia humana en circunstancias extremas, como la prisión, donde se vivía el tiempo «en su plenitud, sin desperdicio, ni un solo minuto perdido». Y, vertebrando todo este tenso y, paradójicamente, distendido relato, aparece la historia singular de su familia, una historia de frontera: Ahmed, su padre, un hombre recio («el fortote », así lo define su hijo), hombre de mar, pescador, un hombre-pueblo, acoge a Juana, viuda republicana española que se refugia en Marruecos con sus tres hijos, y funda una fratría en la que Juan, Enrique y Mari Carmen se integran con sus nuevos hermanos Abdellah, Malika y Mohamed, que se convertirá en el pequeño de la casa, el Niño de la familia.

*Bajo un cielo cuadrado* es también un repaso y una explicación de las rupturas políticas que se produjeron en Marruecos a fines de los años sesenta, cuando coincidieron una serie de acontecimientos mundiales que marcarían a las jóvenes generaciones: las consecuencias del secuestro y desaparición de Mehdi Ben Barka, la Revolución Cultural china, la muerte del Che Guevara, la guerra de los Seis Días, Vietnam y el mayo de 1968. De aquellas rupturas nacieron en Marruecos grupos marxistas-leninistas como 23 de Marzo, Ila al-Amam o Servir al Pueblo, que se convirtieron en una nueva religión de justicia para aquellos jóvenes que no entendían ni aceptaban las concesiones a un régimen que no ocultaba su despotismo. En *Bajo un cielo cuadrado* se analizan los matices que llevaron a sus protagonistas a unas u otras opciones políticas, incluso lingüísticas: unos, más cercanos a los movimientos revolucionarios árabes del Medio Oriente, panarábicos y arabófonos; otros, más cercanos a modelos de las luchas sociales en Europa y América Latina, francófonos; y otros aún, partidarios de la lucha armada preconizada por el maoísmo.

Mohamed Serifi-Villar, a sus veinte años, se adscribe en cuerpo y alma a la opción preconizada por Ila al-Amam, el

grupo fundado y liderado por Abraham Serfaty, hasta convertir sus objetivos de liberación y justicia en un modo de vida que le llevará a la clandestinidad y a la cárcel. El libro nos relata los años en que tuvo que vivir bajo otra identidad, lejos de su familia y de sus afectos, entregado a una causa que no era otra que la de un cambio en las condiciones de vida de su gente: «Nuestro único combate hasta esa fecha [1972] había sido luchar por la emancipación de las masas, por la generalización de la enseñanza, por una verdadera distribución de la riqueza, en un marco de libertad general».

Pero la reacción del régimen, acosado por los golpes de Estado frustrados, por sublevaciones esporádicas en algunas regiones, por complotos reales o inventados, acabó convirtiendo en chivos expiatorios a estos jóvenes —y algún que otro menos joven, como en el caso de Serfaty—, idealistas que creían en una República democrática y popular, sometiéndolos a castigos y penalidades desmedidas. El propio Mohamed, en mayo de 1972, en rebeldía, se quedó perplejo al verse condenado a cadena perpetua sin haber roto un plato, más allá de denunciar, con una multicopista, las injusticias cotidianas. No le quedó entonces otra salida que la clandestinidad, bajo una identidad falsa. Aunque aquellos dos años convertido en Abdellah Bahyi no le salvaron del largo presidio que le esperaba tras su captura.

El libro nos descubre al personaje que hay detrás de estas múltiples identidades —Niño, Serifi-Villar, Abdellah Bahyi—, que en el fondo corresponden a una única persona. Se nos muestra, en diferentes etapas de su vida, como un humanista rebelde, un militante por la justicia, un mediador y un regulador de conflictos, ya sea en el sindicato estudiantil Unión Nacional de Estudiantes Marroquíes (UNEM), o entre sus compañeros en la cárcel, o en el mundo de las ONG en el que se movió tras su salida de prisión. Su carácter, duro y conciliador a un tiempo, proviene del aprendizaje del respeto hacia los demás en una familia mixta, de culturas y lenguas diferentes que supieron armonizarse.

Definido a sí mismo como hombre del presente, pero «con el punto de mira en el porvenir», según recogí en mis notas de una reunión sobre cooperación en la que coincidimos en Tánger en enero de 2003, alerta en su libro contra quienes mantienen «las viejas lentes del pasado», tanto para ver su país desde fuera, como le escuché en aquella reunión, sin tener en cuenta las realidades del presente, como aquellos que, desde dentro, se vanaglorian de haber escapado de los años de plomo sin reconocer lo que aún pervive de métodos e inercias de aquellos tiempos.

Valorando, en la reunión comentada, la acción de la cooperación española en Marruecos, Mohamed nos aseguraba que cometía el pecado, «tal vez inducida por alguna de sus contrapartes marroquíes, de cierto *izquierdismo*, que consistía en eludir a las administraciones locales, con una idea de ellas como algo manchado por el pasado. Pero su gestión en recursos humanos debían obligar a pensar que constituían un capital que no debía marginarse».

Es esa lucidez crítica, que yo llamaría *leninista* si esta palabra no estuviese contaminada de un radicalismo negativo, valoradora del contexto real, la que le he visto poner en práctica en ocasiones como en la conferencia de Jorge Semprún en el Instituto Cervantes de Tánger, hacia 1993, en la que en medio de una sala, con Mohamed Chukri incluido, quien no quería ver en el conferenciante más que al miembro del Gobierno español que participó en la guerra de Irak de 1991, se levantó para recordar sus luchas por la libertad en España. O, en el mismo foro, muchos años más tarde, en 2014, defendiendo en público, micrófono en mano, el legado judeo-marroquí como parte esencial del patrimonio común, que mostraba una exposición sobre los judíos de Tetuán en tiempos del Protectorado, mientras en la calle una manifestación se negaba a reconocer ese patrimonio como propio, tachándolo de sionista.

Hay un tema esencial en el libro, y es la precisión sobre lo que representó el Sáhara y los saharauis en el proceso

que llevó a este grupo de militantes a tan duras condenas. He hecho referencia más arriba a la acusación de traición que pesó sobre Mohamed y sus compañeros, y que sirvió a Hassan II como coartada para responder cínicamente a Danielle Mitterrand que en Marruecos no había presos políticos, sino solo traidores.

Serifi-Villar cuenta que, en su estrategia, su grupo político, Ila al-Amam, pretendía convertir a los saharauis en aliados para derrocar a la monarquía y crear un Estado democrático: «la unidad territorial —dice— tenía que reconstruirse sobre unas bases populares y democráticas en un proceso de lucha contra el despotismo que pretendía someter a las poblaciones del Sáhara a la misma dictadura». Era, más o menos, lo que el propio El Uali, fundador del Polisario, había apuntado en 1972 en la revista *Anfâs*, dirigida por Serfaty, en aquel artículo titulado «Nueva Palestina en tierra del Sáhara».

En plena presión del juicio, en el que los detenidos no tenían derecho a la palabra, el grito extemporáneo de Serfaty —«¡Viva la República de Marruecos! ¡Viva la República del Sáhara!»— sonó entre los detenidos «como una explosión» inesperada que les acarrearía duras consecuencias, pese a que no era más que «un grito que desgarraba el silencio que nos imponían, un grito de desesperación y de ira».

*Bajo un cielo cuadrado* es, además, una reivindicación de la libertad, sin la que no tiene sentido la existencia humana, y permite expresar la triple condición de su autor, a contracorriente: republicano en un país donde el trono es omnipresente, comunista en un mundo cada vez más perdido en el anarco-liberalismo, y ateo, respetando al máximo todas las creencias; la mayoritaria de sus conciudadanos musulmanes, la de su amigo el arzobispo Peteiro, recordado con afecto por todos los tangerinos, o la de aquellos testigos de Jehová que le ayudaron en el aprendizaje del francés, *lingua franca*, lengua de la edición original de este libro, que ahora traduce con cariño y esmero Malika Embarek para acercar a un público

español las complejas realidades marroquíes, tan cargadas de clichés y necesitadas de matices.

La versión española añade un capítulo a la original francesa que nos narra cómo percibieron, desde la cárcel, él y sus compañeros a España y al mundo latinoamericano. Evocaron las luchas obreras recientes en España (Asturias) o las lejanas de la Guerra Civil (el Jarama), las tensiones en el seno de la izquierda (Semprún), los violentos golpes militares de los setenta en América del Sur y las complicadas transiciones hacia la democracia, de las que extraer experiencias. Todo ello a través de las lecturas que, con gran esfuerzo, les hacían llegar familiares y amistades solidarias. El mismo título del libro tiene resonancias españolas, según nos cuenta, del poeta español encarcelado durante décadas por el franquismo, Marcos Ana, que describía la tierra en un poema como «un patio cuadrado donde los hombres giran bajo un cielo de estaño».

El exilio español en Tánger, como el de su propia madre, Juana, que no volvió a su país hasta la muerte del dictador, ya está presente en el relato original, con personajes como el médico de su familia, el doctor Dencàs, y tantos otros vecinos de la calle Málaga, que conformaron sus vivencias de infancia y adolescencia.

Este capítulo, con el título nerudiano de «España en el corazón», nos amplía la evocación de la «España doblegada» que Serifi-Villar hace en el libro a través de los relatos de su madre, y de aquella travesía hacia París que realizó en el verano de 1967 para encontrarse con sus hermanos Enrique y Abdellah, y que le quedó grabada «con los ojos bien abiertos, para siempre».

Y, además, nos muestra cómo la literatura y los literatos de aquel subcontinente americano lo ayudaron a soportar su condena, volando —inmóvil— sobre la alfombra mágica de Aladino.

Bernabé López García

# Prólogo

«Al color rojo no le sienta bien dejarse intimidar por propia voluntad. Basta que considere un obstáculo como tal para querer franquearlo enseguida, pues el mismo hecho de chocar con el obstáculo desencadena el movimiento para sortearlo. Lo lleva en sí, como si germinara en él».

Ernst Bloch

La idea de escribir mi propio «relato de vida» siempre supuso un desafío. En algún recoveco de mi memoria, una voz lejana resonaba: «¿Ha llegado de verdad el final?». Entonces, para eludir la obligada respuesta, alejabas de ti cualquier veleidad o desasosiego por plasmar sobre el papel esos fragmentos de una historia que representan la esencia de tu vida. De algún modo, tú mismo alejas con angustia el momento de abrir la trampilla y extraviarte en el tiempo, confundir fechas, nombres, lugares, y, sobre todo, regresar a los recuerdos, donde dolor y alegría caminan de la mano, se buscan e intentan avanzar un trecho juntos.

En cuanto sentí el primer latigazo en las plantas de los pies y la picana recorrer mi cuerpo, supe que, si salía con vida de las sesiones de tortura, de la «Question»<sup>2</sup> —de la nuestra—, algún día reuniría el valor necesario para «contar». ¿Acaso depende la audacia del mañana, la osadía del futuro, del cuestionamiento de la memoria, como dijo con acierto alguien cuyo nombre no recuerdo?

La vida tuvo que tomar cartas en el asunto, se impuso la furia de la existencia, debías estar entre los vivos, «contarte a ti mismo» antes de «contar». El otoño avanzaba, amarilleando las hojas de los arces; la parra virgen dejaba escapar su brillo, y tú debías responder al eco de los latigazos que seguía resonando, empeñado en no ausentarse de tu vida.

Sin aventura no hay aventurero —como se dice por aquí—, y fue entonces cuando un bohemio, con aire de pastor griego y una guitarra en la mano, irrumpió en mis incertidumbres y me ayudó a liberar esa palabra que se resistía.

Mi reconocimiento a todas y a todos quienes, durante estos años, me pidieron que no me callara, que contara la vida de un joven revolucionario marroquí, condenado, primero, a cadena perpetua en rebeldía y luego, a treinta y dos años de cárcel, simplemente por pensar de manera diferente a quienes asfixiaban el país. Simplemente porque aspiraba a la libertad y luchaba por ella. Entonces solo tenía veinte años.

Este relato no es más que el primer paso. La mayoría de las cajas de cartón, repletas de cartas y de diarios de la cárcel donde se narra el horror del día a día, siguen cerradas. ¿Llegará el momento en que todas se abran?

Quisiera invitaros a percibir la intensidad de la luz en los túneles más tenebrosos, más sombríos. Quisiera invitaros a compartir la alegría —la inmensa alegría de estar aquí—, de sentir la sonrisa de un niño en Gaza o en alguna selva africana o en las minas colombianas, y la esperanza y la sed de justicia. El «yo» que me atrevo a pronunciar, por momentos, es la expresión, ante todo, de un «nosotros». ¿Quién no es capaz de mirarse en un espejo sin ver a toda la humanidad reflejada en su propio rostro?

Mi gratitud va asimismo a quienes ya no pueden leerme. Muertos bajo tortura, durante las huelgas de hambre, fusilados al alba ante un pelotón de ejecución en la base militar de Kenitra, o ausentados en el horrible moridero de Tazmamart.

Mi gratitud va a aquellos y aquellas que, en silencio, sufrieron la espantosa dictadura de Hassan II.

Mi amor va también a mi madre, Juana, que supo, junto con mi padre, Ahmed, y mi hermana Malika, expresarme su apoyo y cariño, y transmitirme su alegría.

Quiero, pues, manifestar mi reconocimiento a quienes permitieron que yo siga aquí, presente, para hablaros de ese *cielo cuadrado*. Y, en primer lugar, a mi vida, a mi compañera, Rabea Ftouh, y a Yusef, quien, siendo muy pequeño, me hizo una pregunta que sigue conmoviéndome: ¿Dónde estaba yo antes de nacer? ¿Y por qué estamos aquí?

## ¿Por qué?

Tras mi puesta en libertad, y durante mucho tiempo, me limité a escuchar a los demás. Pocas veces tomaba la palabra. En las asambleas de trabajadores a las que iba, solía medir el camino —aún por recorrer— para que una conciencia de clase se desarrollase entre la gente a la que escuchaba intervenir. Y me sumergí en el trabajo. Cuando tomaba la pluma para hablar del pasado, sentía que me dirigía a un «yo» que desaparecía.

De joven, leí a Ernest Hemingway, en especial, *El viejo y el mar*, que me recordaba mucho a mi padre y a los pescadores con los que él trataba y que venían a casa, oliendo aún a las profundidades del mar y a algas. Había visto la película *Adiós a las armas*. Admiraba a ese escritor por varios motivos. Por sus libros, y por haber cubierto como periodista la Guerra de España del lado de los republicanos, y, quizás, incluso lo admiraba por su suicidio. Llegué a clavar con una chincheta una fotografía suya en la pared de mi celda.

Cuando salí de la cárcel, el Pencil Club me invitó a París. Su presidente me recibió en el café Les Deux Magots. Enseguida me conminó, por decirlo de algún modo, a escribir mi historia. Me dijo: «Tienes que hacerlo. Si no, estarás traicionando la memoria del pueblo marroquí. Por cierto, mira dónde estás sentado». Me giré y allí, detrás de mí, ¡se hallaba una placa con el nombre de Ernest Hemingway! Esa escena me marcó y paralizó cualquier intento de escritura.

Pero otras razones también me bloqueaban: estaba obligado a vivir en el presente. Ahondar en la memoria, en el recuerdo de la cárcel, era como pasar la página del presente hacia atrás y establecerme allí. Testimoniar sobre nuestro sufrimiento era transmitírselo a los otros y vivirlo permanentemente. Es lo que observé en los escritos de algunos de mis compañeros, donde solo se percibía la herida y el dolor. Era sumergirme de nuevo en «el crimen» de las autoridades marroquíes. Aunque, para mí, la prisión fue además un momento de exaltación, en el que decíamos lo que éramos y lo que queríamos ser. Cada vez que abría alguna de las cajas de cartas y diarios de la cárcel que mencioné, era como si me volvieran a encerrar en mi celda. Tenía la impresión de abrir una tumba, entrar en ella y cerrar la lápida conmigo dentro. Y sentía miedo, miedo de penetrar en esa tumba. Así que, a veces, releía algún poema, alguno tan anodino como este que escribí el 5 de abril de 1987, tres días antes del cumpleaños de Rabea...

Entre muro... Entre muro y muro  
 el murmullo de un alma cautiva.  
 Entre rejas y cielo  
 una golondrina enlutada.  
 Entre el naranjo y la dama de noche  
 un silenciado recuerdo asesinado.  
 Dentro del corazón  
 la libertad en una mortaja ensangrentada.

... y ese poema me devolvía a mi soledad, a mi terrible soledad. Ello me llevó a convertirme en un hombre del presente. Empecé a trabajar al mes siguiente de mi puesta en libertad. El trabajo me alejaba de la escritura. Cada vez que consultaba mis diarios de la cárcel, cada vez que me veía tentado de tomar la pluma, tenía la impresión de que, al narrar el pasado, le daba la espalda a la luz, mientras que yo existía por lo que hacía: mis actos, mi participación en la vida, en

las luchas del presente. Poco a poco, desapareció esa idea de testimoniar, a pesar de que mis amigos me decían: «¡Escribe, hombre! Hablas como un libro, debes contarlo. Queremos saberlo todo», palabras que repetía hasta la saciedad Mercedes Jiménez, una joven antropóloga que unió su vida a nuestros destinos y esperanzas. De hecho, con otros amigos, como Nelcy Delanoë y el añorado Jean-Luc Einaudi, habíamos pensado en lanzarnos a la escritura de esos años de lucha. Aún no era el momento. Demasiado pronto, creo. Tenía otras prioridades.

Este relato nació en una época especial para mí. Acababa de sufrir una crisis cardíaca. Ya no trabajaba tanto. Me consultaban sobre algunos programas sociales —el desarrollo y los territorios, los jóvenes, el empleo o el empoderamiento de las mujeres—, pero disponía de algo más de tiempo. Y entonces llegó esa alerta: «¡Ojo, Mohamed, no eres eterno! Vas a tener que ponerte a escribir». Todavía persistía una especie de bruma en mi mente. ¿Cómo proceder? ¿Qué contar? Cada vez era más firme la necesidad de liberarme de esa tensión interior. La anécdota del «Maradona», a la que me referiré más adelante, provocó sonrisas en algunos amigos. Era posible, pues, contar un relato que no generase dolor en los demás, sino esperanza, amor por la vida, incluso en ese período tan duro, tan intenso y tan desgarrador como es el de la prisión, esa muerte progresiva. Sentí el deseo de contarlo, no como un paréntesis en mi vida, sino como un momento decisivo: la travesía de un infierno, un desafío a mis propios límites, con todos los riesgos que comportara ese camino al Gólgota.

A menudo me preguntan por qué he decidido no escribir en árabe o en español. Elegí el francés porque sentí que debía homenajear a unos escritores, poetas y pensadores incomparables, como Voltaire, Rousseau, Zola, Hugo, Éluard, Sartre, Camus y muchos más. Además, es importante recordar que la casi totalidad de los miembros de Ila al-Amam del que yo formaba parte, eran francófonos. Desgraciadamente, la lengua

española, en aquellos años, luchaba para despojarse del peso del fascismo y liberarse de la congoja que representaban la Iglesia y el Ejército en la España franquista.

Me gustaría que este relato de los episodios que marcaron mi vida carcelaria y la de mis compañeros provoque, si no una sonrisa, al menos un destello de esperanza. Desearía que el lector se diga a sí mismo que mi encarcelamiento no fue tan doloroso, tan terrible; que esa lucha, como cualquier lucha por las libertades y la dignidad humana, valió la pena. La prisión intenta destruirte, ese es su objetivo. También te forja como otro ser, empujándote a sumergirte en lo más hondo de ti mismo, para descubrir unos recursos desconocidos, tu verdad interior.



En el café Les Deux Magots, bajo la fotografía de Hemingway.